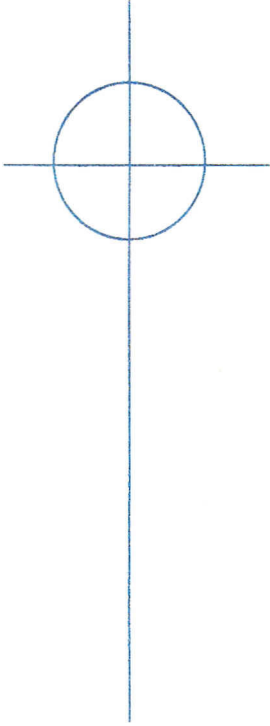


COMUNIDAD TEOLÓGICA EVANGÉLICA DE CHILE
www.ctedechile.cl



**La Comunidad Teológica Evangélica de Chile:
Desafíos para la formación teológico-pastoral.**

“A fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio,
para la edificación del cuerpo de Cristo” (Ef 4,12).

A modo de introducción

La CTE de Chile nació en la década de los años sesenta. Era tiempo de crisis que también afectaba a nuestro país. Nació junto con iniciativas que marcaron la búsqueda por nuevos rumbos, nuevas propuestas de sociedad, y en esa crisis la educación teológica también buscaba su propio espacio. La década de los sesenta trajo temas importantes como la Alianza para el Progreso, la profundización de la guerra fría, el mundial del 62, única vez que Chile figura entre los mejores cuatro equipos del mundo; la guerra de Vietnam, la carrera espacial, John Kennedy, Fidel Castro, Nikita Kruchev. La década del sesenta, tristemente, es también la década del inicio de los golpes militares en el continente latinoamericano, comenzando con Brasil y abarcando gran parte de los países de la región. La guerra y presencia militar se extendía de Asia para América Latina. Es también la década del surgimiento de la teología de la liberación, de la liberación de los jóvenes/hippies, de la reforma agraria, en fin, la década del sesenta marcó la historia de diversas formas.

En esa época, en medio de muchos otros grandes sucesos chilenos, latinoamericanos y mundiales, nació la CTE de Chile, como fruto del trabajo visionario de varias iglesias y personas que sentían la necesidad y el deseo de tener en el país, como en otros países de América Latina, una casa de formación teológica en diálogo con las ciencias bíblicas y sociales, para el pueblo evangélico chileno. Desde la fundación de la CTE han pasado 45 años. En esos años ha estado al servicio de la formación bíblico-teológico-pastoral y en sintonía con la Misión de la iglesia en el mundo.

La CTE nació el año 1964 en la ciudad de Santiago y en las décadas siguientes se extendió, creció y se fortaleció. Su auge, probablemente, fue en la década de los ochenta. Época cuando el mundo se debatía en medio de grandes conflictos y nuestro continente resistía o permanecía bajo el poder de las dictaduras que, férreamente, mantenían el control de todo y cualquier espacio público que no les fuera favorable. Los estados excepcionales o de excepción, se convertían en estados permanentes. El peso de los modelos autoritarios era visible en cada lugar y nuestro país no escapaba a ello.

La Comunidad, así como en las décadas anteriores, se mantuvo firme y fiel al mandato de su creación enseñando una teología que promovía la vida y la calidad de vida en todas sus dimensiones. Por la convergencia de muchos factores, el estudio de la teología se abrió y dialogaba con la realidad inmediata, transformándose también en espacio de encuentros, conferencias, ayunos, declaraciones públicas. La Comunidad veía esta apertura como parte de su misión.

Esta casa de estudios teológicos fue instrumento de reflexión y voz profética para manifestar o expresar voces críticas desde el mundo evangélico. Pero también acogió un número significativo de estudiantes, fortaleció sus programas y enriqueció fuertemente los vínculos con el mundo ecuménico y académico. Esto se refleja en la presencia de docentes provenientes de Europa o Estados Unidos, el apoyo financiero y el acompañamiento pastoral a la acción y misión de la Comunidad en el país. Además, líderes y dirigentes políticos participaron

activamente en muchas de las actividades que la Comunidad organizó. Los programas de Residencia y Extensión crecieron y en Concepción significó abrir una nueva sede. Concepción hoy día, según último censo de población, es la capital del protestantismo chileno.

Las décadas siguientes, en el nuevo contexto político chileno, se manifestaron señales preocupantes para la vida de la CTE. El inicio del nuevo siglo confirmó las señales anteriores y dificultó el proyecto Comunidad. Podemos apuntar varios elementos que explican esa situación: Gestión, nueva realidad, visión, revisión, proyección, relaciones, agotamiento, entre otros. Como sabemos, la década de los noventa posibilitó el regreso de la democracia y con ello cambios sociales significativos para el país y toda la región. Esto también hizo que el país otrora objeto de preocupación y solidaridad permanente, comenzara a dejar de serlo y las miradas se volvieran para África y de forma especial para Europa del Este. Esta década posibilitó que las instituciones tradicionales retomaran su lugar y ocuparan su espacio en el nuevo contexto del país, ahora en proceso de redemocratización.

La CTE, como muchas otras instituciones teológicas latinoamericanas, comenzó a sentir las dificultades y los problemas económicos. Esa coyuntura pasaba también por las iglesias y sus desafíos pastorales. El caminar ecuménico tropezaba con dificultades que en las dos décadas anteriores no se les brindó la atención suficiente. Fue una época donde resituarse costó más de lo que nos imaginábamos, pero también obligó a nuevos modelos y prácticas, además del desafío de ver por dónde seguir sin dejar de lado la razón de ser de cada uno.

Para la CTE la llegada del nuevo siglo fue también la manifestación más verosímil de sus dificultades. El inicio de siglo ha sido más duro de lo que la propia Comunidad se imaginaba. Pero, a pesar de ello, las personas que en la CTE participaban hicieron todo lo humanamente posible para que la Comunidad permaneciera abierta, viva y no dejara de servir al pueblo evangélico chileno. Lágrimas y oraciones se confundían en los corredores y en los rincones para encontrar respuestas, soluciones y salidas. Sin duda que todo sirvió para el propósito final, que no es otro sino ser una comunidad teológica evangélica de (en) Chile cuya misión es, entre otras, difundir y elaborar una teología que busca dialogar y dar respuesta a la realidad cambiante de nuestra sociedad. Así como los rectores, decanos, profesores/as de las décadas anteriores se jugaron por la Comunidad, también lo hicieron quienes desde el inicio del siglo 21 estaban al frente de ella. Para entender este momento hay que tener una mirada más amplia, más allá de nuestras fronteras y muros. La crisis del viejo siglo se manifestó en el nuevo siglo.

Desde su fundación, la Comunidad se ha caracterizado por una teología abierta, comprometida con la realidad circundante, ecuménica, crítica y un profesorado bien capacitado, formado en varios países y facultades teológicas, pero también ha servido a una gran cantidad de iglesias evangélicas y de forma preferencial a muchas iglesias pentecostales. Esta es, en parte, la base sobre la cual estamos pensando nuestro quehacer para las próximas décadas, siempre abiertos a las señales de los tiempos, a las necesidades de las iglesias y muy de cara a nuestra realidad chilena y latinoamericana, y por sobre todo abiertos a los designios del Espíritu que ha sido en definitiva quien ha guiado a generaciones de mujeres y hombres, que han dejado su marca en este proyecto teológico, único en nuestro país.

La CTE está en fase de resurgimiento, cual ave fénix, para resituarse y resignificar su aporte y consolidar su tarea pensando en el próximo medio siglo de vida que ya comienza a enfrentar.

Un lugar de formación teológica como ventana para la realidad próxima

La CTE de Chile con sus dos sedes la entendemos como una ventana que permite ver la realidad socio-religiosa del país desde un lugar privilegiado. La Región Metropolitana, capital del país, con casi el 40% de la población nacional y la VIII región, la Región del Bio Bio, de forma especial la zona minera, concentra el mayor

número de evangélicos del país. Se puede decir que tenemos presencia física en la capital del país y en la capital del protestantismo chileno. Por lo tanto miramos el mundo, país, desde esta realidad y allí tenemos que localizar, situar nuestra casa de estudios.

Lo hemos dicho en algún momento: “Chile está bien, los chilenos, las chilenas, no”. Significa que nuestro país enfrenta y tiene grandes carencias y desafíos. En lo político, de cualquier forma, asistimos al agotamiento de un estilo de ejercicio del poder. Un gobierno centralizado, que no ofrece suficientes espacios de participación. Se le suma a esto un modelo económico que crea relaciones de dependencia, paternalismo, pero por sobre todo, crea relaciones antagónicas donde grupos y clases sociales se polarizan y rompen con las identidades colectivas, sobreviviendo grupos, tribus, donde cada uno/a lucha por si mismo, perdiéndose luchas sociales colectivas o demandas sociales amplias. Asistimos también a la precarización del empleo, crisis social con marcados índices en lo ecológico, y lo social.

El modelo económico se basa en los índices macro, perdiéndose totalmente los sectores, grupos y expresiones que están fuera o no forman parte del modelo. Participamos de una cultura individualista, sectaria y discriminadora.

Otro aspecto importante para ver desde esta ventana, es el mundo religioso. La Constitución política de 1925 garantizó la igualdad religiosa en el país. Esa igualdad no ha primado en Chile. Recién, después de más de 75 años, comenzamos a vivir o a participar de una sociedad donde se reconoce o se comienza a respetar la diversidad religiosa, política, cultural y étnica.

Destacamos, por otro lado, el resurgimiento, fuerte e importante, de movimientos reivindicatorios. Estos movimientos no tienen mucha fuerza ni espacio en los Medios de Comunicación Social. Son vistos, más bien, como contrarios al modelo y que ponen en riesgo lo conquistado. Aún así, ganan espacio y solidaridad nacional e internacional. Por ejemplo, lo ambiental, lo ecológico, las luchas de las mujeres, especialmente la lucha por la equidad de género, así como la lucha de los pueblos originarios, especialmente el pueblo mapuche.

Estas manifestaciones sociales nos desafían a una cosmovisión amplia, multicultural y plurireligiosa, pero además nos desafían a mirar el mundo, la misión, la educación teológica con otros ojos y con otras dimensiones. Una mirada más inclusiva, más fraterna, más solidaria, más justa.

Una comunidad que busca la excelencia académica con una educación de calidad para el trabajo pastoral

Circula por América Latina un documento titulado “Manifiesto por una educación teológica de calidad”. Se define allí la Educación Teológica, como un esfuerzo sistemático y riguroso que requiere del aporte crítico de la teología y de la pedagogía, así como el de muchas otras disciplinas. Pero también en esa definición se acrecienta que, la Educación Teológica es entendida como parte de la misión de la iglesia de anunciar y anticipar el reinado de Dios en la historia.

El identificarnos como una Comunidad es algo bastante común, aún cuando en nuestro caso marca una identidad y un propósito muy valioso. Sin embargo, definirnos como Comunidad Teológica es una cuestión mayor, pues apunta para una dimensión del quehacer teológico muy específico donde el centro es lo comunitario y lo teológico. Dos dimensiones de una identidad. Sin embargo, definirnos como Comunidad Teológica Evangélica de Chile, es una nomenclatura que nos plantea serios desafíos, porque, en el fondo, asumimos en nuestro nombre tres dimensiones de la educación teológica. Ser Comunidad, Ser teológica y Ser Evangélica.

Creemos que las tres dimensiones tienen que ver con nuestro ethos (identidad) evangélico. Y aquí rescatamos, como forma de responder a ese nombre, la misión de la CTE que no es otra sino “mantener un espacio de encuentro, formación teológica, crítica y dialógica (Comunidad)”. Buscamos que ese encuentro ofrezca una formación teológica integral y abierta a la diversidad de visiones cristianas y capacitación

complementaria (teológica), para habilitar un liderazgo evangélico que impulse procesos de evangelización, participación social, eclesial responsable y crítico desde la fe en Jesucristo (Evangélica).

Esta casa de estudios, desde sus orígenes y hasta ahora, ha buscado ser fiel a sus principios y dar cuenta de su identidad. Ser una Comunidad Teológica Evangélica de Chile, es más que un desafío, es una gran responsabilidad pues ha conseguido reunir, con un objetivo mayor, iglesias históricas y pentecostales por más de cuatro décadas. En nuestro país la CTE ha sido una de las pioneras en la capacitación de pastores/as, líderes al servicio del evangelio, pero además ha sido un espacio de acercamiento, testimonio conjunto y de diálogo. Probablemente será muy difícil ver surgir en nuestro país una casa de estudios como la nuestra, especialmente cuando hay una tendencia cada vez más marcada en destacar y privilegiar lo denominacional. El deseo, por otro lado, de fundar seminarios denominacionales es una tendencia que se manifiesta también en nuestro país y entendemos esto como un gran desafío que hay que considerar. Es decir nuestra opción es en el sentido contrario, salir de lo denominacional y caminar para lo colectivo, ecuménico, interdenominacional e inclusive a largo plazo, interreligioso. Este camino es más complejo, más difícil, pero el resultado es que necesariamente nuestras iglesias serán más abiertas, más tolerantes con el diferente, más ecuménicas pues sus pastores, pastoras y líderes tendrán una formación que los habilite para ejercer el ministerio con nuevos horizontes, odres nuevos, para el vino nuevo.

Los desafíos teológicos para el trabajo pastoral

Existe una vieja y antigua discusión sobre si el pastor/a debe ser teólogo/a o el/a teólogo/a debe ser pastor/a. Se nos ha pasado el tiempo y parece que la tendencia es que no hay incompatibilidad entre ambas dimensiones del ministerio. Hay que hacer que lo pastoral y lo teológico, como la justicia y el derecho, se encuentren y se besen. No nos parece que exista dicotomía, y sí complementariedad, encuentro y enriquecimiento.

Somos una casa de estudios y como cualquier casa que tenga esta identidad, debemos aceptar que busquemos la excelencia académica, no solamente por la necesidad del conocimiento, que es válido, sino que busquemos la excelencia académica a partir de una realidad muy específica. Esa realidad es la que nos desafía y cuestiona. Nuestra respuesta, es la realidad de la educación teológica y ésta al servicio de la Misión en el contexto país.

Sin prestar atención a esa realidad, nuestro trabajo pastoral adolece de fundamentos cognitivos y le sobran recetas teológicas. Por eso nos gusta hablar de la necesidad de una educación teológica encarnada en la realidad de nuestro país, que se abra al diálogo consigo misma, con las otras expresiones religiosas y que asuma los temas emergentes. Buscamos realizar un trabajo pastoral inspirado profundamente en los valores del evangelio, en la *praxis* de la iglesia primitiva, como partes de la historia de la salvación y en sintonía con los valores de la reforma (fe, gracia, escritura y Jesucristo) y de las iglesias que de ella surgieron.

El desafío de la Educación teológica es estar abierta a recoger los nuevos temas, responder a los requerimientos y proponer los caminos de acompañamiento pastoral que se hacen necesarios. La educación teológica debe ser entendida como parte de la misión de la iglesia que anuncia el reinado de Dios, con énfasis en la nueva sociedad, en el nuevo mundo, en la nueva realidad. Una educación teológica que apunta a la nueva humanidad.

Probablemente sigamos atrapados por algún tiempo entre lo numérico, lo denominacional, lo liberal o lo conservador, lo ecuménico o lo interdenominacional. Son temas importantes, pero ninguno debería oponerse, en una visión de futuro, a buscar una educación teológica de calidad con un trabajo pastoral encarnado. Sin embargo, en la búsqueda se marca la diferencia y eso no es poco, es lo que realmente nos identifica como CTE.

Nuevos temas deben formar parte de nuestra malla curricular, como la Lectura de género, Celebración y modelos litúrgicos, además del Diálogo interreligioso. Eso es también un salto de calidad y un gran desafío. Pero también nos debemos abrir a la educación teológica a distancia u *Online* para lo cual hay que diseñar propuestas.

Como parte de nuestro aporte a la formación teológica, la producción de insumos teóricos, llámense libros, revistas, boletines u otros medios, han de formar parte de nuestro trabajo investigativo y formativo cotidianamente. Así como la organización de seminarios temáticos de los así llamados temas emergentes, como el agua, la depredación de la flora y fauna, el ejercicio cada vez más pleno de la ciudadanía, los nuevos modelos educativos, los grupos de riesgo de la sociedad son nuevos desafíos que tendremos que enfrentar los próximos años. Además de Incorporar las tradiciones litúrgicas protestantes en la vida y malla curricular de la CTE.

Queremos traer la riqueza de los nuevos desafíos como parte de nuestra identidad. Así por ejemplo, el diálogo interreligioso, lo entendemos como un espacio de encuentro, aproximación, pero también como espacio de búsqueda de entendimiento, construcción de sociedades y religiones más tolerantes, abiertas e inclusivas. La educación *Online* nos permitirá llegar a un público amplio, diverso distante geográficamente, pero que busca formación y estudios teológicos. La lectura de género, como una de las líneas transversales de nuestra educación teológica es un imperativo, fundamentalmente cuando hablamos de una educación teológica encarnada. Buscamos ampliar el horizonte teológico de nuestra casa y de nuestra formación.

Actualizando y finalizando estos desafíos

Buscamos, como casa de formación bíblico-teológica, ser operadores teológicos y responder, desde nuestra ventana, a los desafíos pastorales que se nos presentan. También somos desafiados a relacionar la educación teológica con la promoción y defensa de la vida. Es lo que llamamos una educación teológica de calidad y en contexto. Una educación teológica que contribuya al crecimiento espiritual del/a estudiante chileno/a.

Solos y auto referidos no podemos seguir. La tarea es amplia y desafiante. La Comunidad es un proyecto de educación teológica que ha caminado más de cuatro décadas en contextos adversos y favorables. Ha servido a iglesias, organismos ecuménicos, personas, hombres y mujeres en la búsqueda por la formación teológica y hoy, a lo largo y ancho de nuestro país, vemos los frutos de ese caminar, pero ese caminar no se ha hecho sólo dentro de nuestro país, las fronteras naturales no han impedido que de continentes hermanos, estudiantes y profesores de otras latitudes nos prestigien con su presencia y valiosa compañía, pero también iglesias hermanas de la *oikoumene* nos han honrado con su testimonio, compromiso y valioso aporte a nuestro trabajo.

Somos la Comunidad Teológica Evangélica de Chile y les invitamos a seguir o a formar parte de este proyecto de educación teológica que reúne a iglesias pentecostales, luterana, metodista, presbiteriana y que sirve a más de 100 denominaciones diferentes. Contamos en la actualidad con alumnos/as en los programas de Residencia y Extensión y nos preparamos, como expresado, para inaugurar el programa *Online*, incluir nuevas cátedras y reponer la producción de textos, revistas y materiales de apoyo a nuestro programa de formación. Esperamos que a partir del año 2010 esta casa de estudios amplíe su horizonte, sirviendo mejor y respondiendo a los desafíos del quehacer teológico en nuestro país y de cara a nuestros hermanos y hermanas evangélicos/as.

Dentro de ese gran marco de referencia y desafíos, buscamos consolidar nuestra casa de estudios delante del estado chileno a través del reconocimiento legal, esto es algo que se ha instalado como parte de nuestro trabajo. Será posible si diseñamos una propuesta, si hacemos alianzas y si aprovechamos nuestra relación de contrapartes con el CPEIP, dependiente del Ministerio de Educación para la capacitación de profesores para la docencia de Educación Religiosa Evangélica. Esta dimensión de nuestro trabajo ha puesto a la Comunidad como la única casa de estudios teológicos que tiene reconocimiento del Ministerio de Educación para impartir un curso de Perfeccionamiento para profesores de Religión Evangélica en el país.

Quienes estamos hoy en la CTE, somos parte de una historia de más de 45 años. No la comenzamos ni la queremos terminar. Simplemente formamos parte y queremos dejar registrado nuestro aporte. La Comunidad Teológica Evangélica de Chile es creación de hombres y mujeres, y es instrumento del evangelio para llevar las buenas nuevas a los/as chilenos/as que cada día lo necesitan. Es un instrumento para la misión de las iglesias.

La Comunidad es el resultado de un largo caminar, donde hombres y mujeres han dado lo mejor de sí para verla nacer, crecer y desarrollarse. Desde sus orígenes contó con el aporte local e internacional. Han pasado 45 años y el fruto está a la vista de todos y todas. Pero pensamos la Comunidad para las próximas décadas, las próximas generaciones y en ese pensar les invitamos a seguir a nuestro lado orando, ayunando, caminando y cantando, compartiendo sus dones y talentos.

Al finalizar, hacemos nuestras las palabras del profesor Raimundo Valenzuela, en un trabajo del año 1978, donde relata los inicios de la Comunidad Teológica Evangélica de Chile cuando afirma: "La historia de la Comunidad Teológica Evangélica, es el relato de una gran visión, la visión de las Iglesias Evangélicas de Chile de todas las tradiciones eclesióstas trabajando unidas para que la Palabra de Dios llegue con poder en su forma más fiel a guiar y renovar la vida de nuestras iglesias, capacitándolas para cumplir mejor su misión redentora. Es la historia de un sueño imposible entregado a manos de hombres frágiles. Un sueño irrealizable en plenitud en las mejores circunstancias, pero que ha tenido que llevarse adelante en los trece años desde su fundación, en medio de tormentas de incomprensión y división en el seno del pueblo evangélico de Chile. Sin embargo, es un sueño que no podemos dejar, porque no nos deja a nosotros".

Que así sea.

Prof. Daniel Godoy
Rector CTE de Chile
Diciembre de 2009.